

WARISATA, PIONERA DE LA EDUCACIÓN INDÍGENA

En el antiguo territorio aimara de Omasuyo, lado este del lago Titicaca, desde el codo del río que el viajero mira de soslayo, justo al pasar el puente y crucero de Achacachi, se desprende una línea recta que corre por la inmensa, rasa y yerma estepa hacia Warizata, alfa y omega de la caprichosa geografía boliviana: fin del altiplano, inicio de la cordillera volcánica oriental y arranque del descenso al trópico.

Justo ahí, al dejarse atrás el poblado en dirección al levante, la cinta asfáltica se va elevando al rodearse las ondulantes faldas del Illampu, gigante entre los siete gigantes de la cordillera real, de 6 490 metros de altura, blanquísimo manto y tornasolados reflejos al impacto del azul celeste, nívea cubierta que impresiona a tal grado a la percepción que pareciera estar al alcance de la mano.

Luego, al término de la circunvalación, viene el descenso por la orilla de escarpadas paredes montañosas, invisibles o visibles a tramos, según la niebla sea densa o se vuelva translúcida, ligera, inmaterial, dejando poco a poco al descubierto mil gamas de verde vegetación en el verano, minúsculos valles entre la cañada en uno de los cuales despunta el caserío de Sorata, tradicional poblado de la templada zona de nor yungas; y, por arriba de ese paisaje, como telón de fondo, sobre el filo de un ondulado y negruzco horizonte, las imponentes cumbres del Illampu, en toda su magnificencia y esplendor.

Pedagogía y edificio de vanguardia

Seguramente por esa triple cualidad geográfica, los habitantes aimaras hicieron de la comunidad de Warisata, en el primer tercio del siglo XX, el enclave de la educación rural, origen y destino de una de las más significativas escuelas indígenas de América Latina.

Quien por primera vez haya transitado por esa vía que va del Titicaca a Sorata, se sorprenderá de hallar, a 4 mil 258 metros de altitud, casi a las faldas del Illampu, y una temperatura promedio de 5 a 10 grados, y hasta de 20 grados bajo cero en invierno, un complejo arquitectónico de tal realce constructivo que sus largos pabellones

revestidos de cantera rosa pálido, no pueden pasar inadvertidos al viajero.

Desde lejos, los alargados edificios de dos plantas con amplios ventanales emplazados a tramos regulares, nos indican de inmediato una época y un estilo: los años treinta y el funcionalismo racionalista de mínima inversión y máxima utilidad.

De cerca, asombran los frontispicios edilicios labrados a la moda estética del periodo entreguerras: el art déco, lenguaje figurativo geométrico que en Europa y Norteamérica ensalzó a la máquina, la velocidad y el movimiento, y en la Unión Soviética dio forma a la estética socialista, que creó el concepto figurativo del hombre y la mujer nuevos, fuertes y sanos, dedicados al trabajo, a la ciencia y al deporte.

Estética socialista y mexicana

En Warisata, la clara influencia en las ideas socialista de la educación se deja ver en los símbolos de las más antiguas culturas de la humanidad recién estudiadas por la arqueología de inicios del siglo XX, para el caso sudamericano Tiwanacu, para el mesoamericano del valle de México, Teotihuacan.

Los vanos principales del pabellón central, en sus jambas laterales y dintel superior, están bellamente ornamentados con figuras de indígenas de rasgos aimaras coronados por la hoz y el martillo cruzados sobre un libro abierto, símbolo de la revolución y la creación de una nueva clase obrera y campesina, constructora de la nación. Hombres y mujeres indígenas de fuerte complexión aparecen en plena recolección de la pesca, la cosecha de maíz, la manufactura artesanal de alfarería, el trabajo con las modernas máquinas de la industria del siglo XX. Y también músicos tocando charangos, zampoñas y quenás.

Figuras de la puerta central son referencias al dios de las varas y al dios del sol, a los sacerdotes ataviados como cóndores, las cabezas de guacamayas, las serpientes y los bastones de mando de la puerta del sol de Tiwanacu

Y, elementos complementarios destacados de esta estética son varias cabezas de Quetzalcóatl y de jaguares, inspiradas en las ornamentaciones de los templos de Teotihuacan, y que adornan las escalinatas de acceso a los pabellones.

Aún más, dentro del edificio principal, en los muros de las escalinatas que conducen al primer piso, pinturas de una poética inspirada en el estilo de los artistas mexicanos Roberto Montenegro y Diego Rivera, describen el fin de una jornada de trabajo el campo, pero un paisaje raso que habla del altiplano boliviano.

Elizardo, maestro el hacedor

El hacedor inicial de este proyecto levantado entre 1931 y 1936, durante la presidencia de Daniel Salamanca, fue el profesor Elizardo Pérez, humilde pero visionario maestro rural, quien sin presupuesto y sólo con su propio sueldo y la mano de obra de la propia comunidad, creó la infraestructura material y los contenidos de estudios destinados a restituir a los indígenas de esta región del altiplano su derecho ciudadano a la educación y a la liberación del pensamiento, en tiempos en que aun existía en Bolivia la esclavitud indígena.

Con un alumnado inicial de 130 internos, el profesor Elizardo Pérez, aplicó un revolucionario plan educativo, inspirado en las escuelas de artes y oficios de la escuela de Bauhaus y de la escuela socialista soviética, con el aprendizaje en talleres de mecánica, carpintería, tejeduría, alfombras, tapetes; y manufactura de ladrillos y tejas, y mobiliario hechos en los talleres por los alumnos y maestros para la propia escuela.

En 1940, una delegación de maestros mexicanos enviada por el presidente Lázaro Cárdenas, visitó la escuela rural de Warisata, y al regresar a México escribió un largo y detallado informe sobre lo visto, documento presentado en el Primer Congreso Indigenista Interamericano, donde el profesor Adolfo Velasco, rindió homenaje al profesor Elizardo Perez y los pobladores que hicieron posible esta gran escuela rural.

Maestra Ana Meléndez Crespo
 Historiadora de Arte
 UAM Azcapotzalco